

Alice Brooke, 2018. *The autos sacramentales of Sor Juana Inés de la Cruz. Natural Philosophy and Sacramental Theology*. Oxford Modern Languages and Literature Monographs. Oxford: Oxford University Press. ISBN 10: 0198816820. ISBN 13: 9780198816829. 192 pp.

Carlos Hugo A. Zayas González* <http://orcid.org/0000-0002-4086-2137>

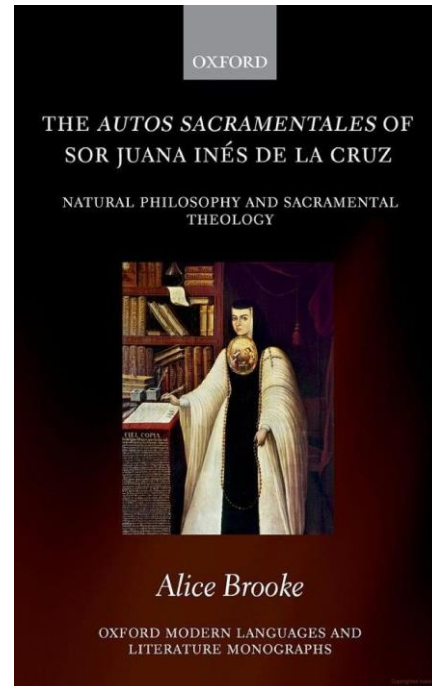
Junto a Carlos de Sigüenza y Góngora (1645-1700), Juana Inés Asbaje y Ramírez de Santillana, sor Juana Inés de la Cruz (1648/51- 1695), es reconocida como una de las figuras literarias e intelectuales más prominentes del siglo XVII novohispano. Sus vidas y amistad se desarrollaron durante la plenitud del periodo barroco novohispano en el que sor Juana, de manera inusual para una mujer de su tiempo, logró una importante erudición filosófica y teológica manifiesta en su obra literaria. En este libro, Alice Brooke (Merton College Oxford) realiza un novedoso análisis de los autos sacramentales *El divino Narciso* (1689), *El cetro de José* (1692), y *El mártir del sacramento, San Hermenegildo* (1692) en los que sor Juana despliega su conocimiento escolástico aristotélico acompañado significativamente de ciencia barroca. Como género teatral religioso pensado para audiencias locales y metropolitanas, el auto sacramental desarrollaba en un acto y de forma alegórica temas preferentemente eucarísticos y cristológicos. Surgido en el siglo XVI, abordaba conflictos morales y teológicos con fines didácticos principalmente sobre la transustanciación, seriamente cuestionada desde el escepticismo y el empirismo, así como respondía al debate entre protestantes y católicos sobre la Eucaristía. Sin embargo, problemáticas concernientes al decoro, al alejamiento de sus objetivos principales, derivaron en la prohibición de este género teatral (1765).

El argumento principal de Brooke considera dos aspectos fundamentales para comprender los autos sacramentales de sor Juana en sí mismos y en su proceso de producción. Primero, propone estudiarlos como un corpus compuesto tanto por textos seculares y religiosos como devocionales. Afirma que el estudio separado de sus obras dificulta interrelacionar problemas y temas comunes, así como entender qué corrientes de pensamiento las atraviesan. El segundo tiene que ver con el contexto en que fueron producidos estos autos sacramentales,

* Posdoctorado CONAHCYT. Posgrado en Ciencias del Lenguaje. Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades Alfonso Vélaz Pliego - BUAP. zagohu@gmail.com.

impactado profundamente por la transformación cultural, epistemológica, y filosófica del siglo XVII en el mundo hispánico, sin dejar de considerar las distancias geográficas y cronológicas entre la Península y territorios de ultramar. (5).

Particularmente, analiza las formas en que sor Juana exploró la importancia teológica de los descubrimientos de la Nueva Filosofía alcanzados mediante la investigación y experimentación científica en el campo de la óptica. Demuestra también el intento por conciliar nuevas corrientes de pensamiento con epistemologías y filosofías más antiguas aún vigentes durante el siglo XVII. El texto de Brooke cumple el objetivo de contribuir a modificar nuestra percepción sobre la expansión, transmisión, y circulación de ideas de la cultura Barroca en transición a la Ilustración temprana en el mundo atlántico hispano. Resalta un hecho que ha venido reafirmando en la historiografía, el que España y sus colonias americanas no permanecieron alejadas del desarrollo intelectual europeo continental de la época y que las teorías científicas circularon en estrecha relación con las ideas religiosas contrarreformistas, dominadas por la mirada aristotélica sobre el mundo.



Una conclusión mayor a la que llega es que las obras de sor Juana ofrecen una lectura empírica del mundo material al mismo tiempo que presentan una interpretación metafísica de lo que ve en él, expresando un pensamiento que combina observación y experimentación científica como metodología para el estudio de los fenómenos naturales con la exégesis teológica de ellos. Práctica que al menos entre los jesuitas venía desarrollándose desde algún tiempo atrás en otros campos como la arquitectura. Por ejemplo, la exégesis hecha por Jerónimo de Prado y Juan Bautista Villalpando a la visión de Ezequiel para generar un tratado con tintes herméticos sobre el Templo de Salomón (*In Ezechielem explanationes et apparatus urbis, ac Templi Hierosolymitani comentariis et imaginibus illustratus* 3 vols., Roma, 1509-1604). La propia sor Juana empleó en su poesía referencias arquitectónicas con trazos de ciencia barroca —véase el artículo de Rocío Olivares Zorrilla, “Sor Juana Inés de la Cruz y la arquitectura sagrada,” *Espéculo. Revista de Estudios Literarios*, núm. 34 (2007).¹ Brooke señala que sor Juana entendía los fenómenos naturales como el primer eslabón de una gran cadena ontológica que conducía a Dios y para ascenderla empleaba el modelo neoplatónico complementado con los métodos e ideas de la Nueva Filosofía (14-15).

A lo largo de tres capítulos —uno por cada auto, desarrollados entre uno introductorio y otro concluyente— Brooke logra contextualizar sus fuentes apoyada en tres nociones vigentes en el siglo XVII que juzga fundamentales para comprender la obra de sor Juana. La primera considera al mundo físico como un libro mediante el que es posible leer o conocer a su autor divino, partiendo de un nivel de lectura literal en el que fuerzas ocultas, no visibles,

¹ chrome-extension://efaidnbmnnnibpcajpcgclefindmkaj/https://biblioteca.org.ar/libros/300441.pdf. Consultado el 8 de julio de 2024.

gobiernan los cambios en la naturaleza. En otro más elevado, se interpretaba la significación teológica de ellos. Se trataba de reconocer la mano divina en la creación mediante la filosofía natural, enfatizando el sentido de lo maravilloso en las complejidades del mundo material para estimular el deseo por conocer, mediante su obra, a Dios. (15)

Brooke señala que sor Juana utilizó la alegoría como elemento didáctico para representar la divinidad, un funcionamiento similar al otorgado a los jeroglifos egipcios que simultáneamente velaban y revelaban un profundo significado moral o espiritual. Así, los emblemas morales en el arte cumplían tal función, representando verdades divinas que conducían a impresionar y maravillar (16). De forma similar, los fenómenos físicos facilitaban tanto el significado teológico como material de la naturaleza, cobrando importancia la percepción sensorial en la observación del mundo visible y en el discernimiento del trazo invisible de la divinidad que lo causaba. Brooke asevera que sor Juana construyó un camino que transitaba entre la actitud optimista típica de los nuevos filósofos y el reconocimiento de que la comprensión holística de las cosas llegaba notando su importancia teológica y moral, un pensamiento alimentado por la moderna epistemología y por otras más antiguas, tales como el Neoplatonismo y el Neostoicismo (18-19).

Otra noción que Brooke utiliza es la tipología o figuración bíblica, una forma de exégesis que buscaba demostrar que las personas y eventos del Antiguo Testamento eran *figuras* o *tipos* del Nuevo Testamento y de la historia cristiana de salvación que revelaban. Escritores como Agustín la extendieron a la historia del mundo fuera de la narración salvífica, reconociendo patrones propuestos por las Escrituras en las diferentes culturas e historia humana. Las interpretaciones figurativas se diferencian de las alegóricas por el empleo de *figuras* y *realizaciones* reales, es decir, personajes y eventos históricos para representar ideas morales o espirituales. Esta noción se aplicó también al sacramento de la misa, tema principal de los autos sacramentales, específicamente a las referencias del pan y el vino como figuras de la presencia real del cuerpo y la sangre de Cristo en la Eucaristía.

En el primer capítulo, Brooke demuestra cómo sor Juana en *El divino Narciso*, al que considera su auto sacramental más creativo y por lo mismo el que mayor atención ha recibido, reinventa el mito clásico transformándolo en una prefiguración cristológica que termina enamorado de Naturaleza Humana, representación alegórica del alma humana. En su análisis establece conexiones intertextuales con autores anteriores que sugerían paralelismos entre Narciso y Cristo usando emblemas estimulantes del intelecto del observador-lector y que promovían practicar el ingenio y la agudeza que añadieran elementos sorprendentes, tales como los jesuitas Jakob Masen (1606-1681) y Baltazar Gracián (1601-1658) (44-48). Sor Juana sorprende a su audiencia con un elemento purificador y unificador, una fuente —María, madre llena de gracia y sin mancha original; la Eucaristía— que reproduce experimentalmente el efecto óptico de reflexión mediante un espejo cóncavo que purifica a Naturaleza Humana de su pecado y a Narciso lo convierte en su salvador por amor. Tal acción refiere a su conocimiento de una de las ciencias matemáticas mixtas, la geometría óptica específicamente, que sor Juana debió haber comprendido para establecer los ángulos de reflexión de la imagen, la luz, en un escenario teatral. Es muy probable que el empleo de este artificio fuera resultado de sus lecturas de obras de Kircher o de las pláticas con su amigo Carlos de Sigüenza, para quien las ciencias de la naturaleza debían comprobarse en la experiencia y demostrarse matemáticamente (Benítez Grobet, Laura, “La ciencia nueva y Don Carlos de Sigüenza y Góngora,” *Anuario saber novohispano*, 1995, y recientemente Schmidhuber de la

Mora, Guillermo y Olga Martha Peña Doria, “Las ideas de Juan Eusebio Nieremberg y Athanasius Kircher en la obra de sor Juana Inés de la Cruz, la autora novohispana,” *Komunikacija i kultura* online vol. 11, num. 11, 2020).

El conocimiento en *El Cetro de José*, adaptación de la historia del Antiguo Testamento, es el asunto del segundo capítulo. Para Brooke, la décima musa vuelve a expresar la importancia del mundo material y la compatibilidad del método empírico con la teología católica ortodoxa en relación a la doctrina de la transubstanciación. Para esto analiza las limitaciones del conocimiento demoníaco, la relación entre el conocimiento obtenido sensorialmente y el discernimiento interno para distinguir entre lo real y lo aparente (83-103). Finalmente, explica que en la comprensión de fenómenos que no siguen las leyes naturales, como la transubstanciación, únicamente la revelación divina y la fe pueden ayudar (103-107). En este capítulo Brooke se apoya principalmente en textos de Tomás de Aquino y de Francisco Suárez para realizar un análisis intertextual.

El último capítulo está dedicado a *El mártir del sacramento, San Hermenegildo*, en el cual el neoestoicismo y la filosofía natural están más explícitamente presentes y en el que Brooke ve el intento más ambicioso de sor Juana por reconciliar la moral cristiana neoestoica con un enfoque empírico en la adquisición práctica del conocimiento. Analiza la manera en que los personajes expresan un contraste entre la constancia como virtud estoica, surgida desde el juicio y la buena razón, con la opinión, opuesta a la razón. En él se involucran las imágenes percibidas sensorialmente que al ser almacenadas en nuestro cerebro y en complemento con los sentidos internos, sirven como base epistemológica al momento de evaluar la realidad (121-137). Tras un análisis lingüístico e intertextual de esta y otras obras de sor Juana, Brooke establece un paralelismo con experimentos ópticos, particularmente la linterna mágica, que refleja el conocimiento que sor Juana pudo haber adquirido leyendo a Atanasio Kircher y que emplea para describir la falibilidad de los sentidos externos. Sin embargo, las conclusiones generadas en primera instancia por esta posible falibilidad pueden ser corregidas mediante la observación y la aplicación de conocimientos previos. Una actitud moderna asociada a la Nueva Filosofía (144-145). Este es el capítulo en el que Brooke más refleja su propuesta de ver las obras de sor Juana como un todo, pues muestra claramente la defensa que sor Juana hizo de la curiosidad intelectual en la correspondencia que sostuvo con el Obispo Santa Cruz (145-147). En este caso, Brooke también emplea obras de Justus Lipsius, Diego de Saavedra Fajardo y Aquino.

Brooke no deja de lado las loas introductorias de cada auto, representaciones teatrales en sí mismas, situadas en América durante los procesos de conquista y evangelización. En la primera, por ejemplo, observa a *Religión y Celo*, representaciones de los conquistadores europeos, reflexionando sobre sus propias prácticas religiosas a partir de ver las del otro indígena. Sor Juana juega sutilmente con los roles de observador y observado, debilitando así la jerarquía entre colonizador y colonizado (76-77).

Al abordar la relación entre literatura y ciencia, Brooke hace una importante y novedosa contribución a la historiografía sobre sor Juana Inés de la Cruz. En cuanto a la ciencia novohispana, la historiografía es limitada, destacan autores como Elías Trabulse (*Ciencia y Religión en el siglo XVII*, 1974) e Ignacio Osorio Romero (*La Luz Imaginaria*, 1993). Por otro lado, los diferentes géneros literarios novohispanos han sido estudiados en abundancia; por poner sólo un ejemplo, los tres volúmenes de *Historia de la literatura mexicana* (Siglo XXI, 1996-2002). Sobre la figura y obra de sor Juana, diversos autores la han estudiado desde

diferentes temáticas, como Ramón Xirau (*Genio y figura de sor Juana Inés de la Cruz*, 1967), Georgina Sabat de Rivers (*El Sueño de sor Juana Inés de la Cruz: tradiciones literarias y originalidad*, 1976), Octavio Paz (*Sor Juana Inés de la Cruz o Las trampas de la fe*, 1982), Jesús García Álvarez (*El pensamiento filosófico de sor Juana Inés de la Cruz*, 1997), Mauricio Beuchot (*Sor Juana: una filosofía barroca*, 2001). Más recientemente Stephanie Kirk (*Sor Juana Inés de la Cruz and the Gender Politics of Knowledge in Colonial Mexico*, 2016), el trabajo editado por Barbara Ventarola (*Ingenio y feminidad. Nuevos enfoques sobre la estética de Sor Juana Inés de la Cruz*, 2017), y Sarah Finley (*Hearing Voices: Aurality and New Spain Sound Culture in Sor Juana Inés de la Cruz*, 2019).

Si bien a lo largo del estudio la Filosofía Natural está presente, sorprende un poco que la figura de Atanasio Kircher, o la de Juan Eusebio Nieremberg, no estén referidas con mayor énfasis, así como una mayor profundización en la ciencia barroca y sus aplicaciones. Tales silencios se convierten en una sugerente invitación para explorar su presencia en otros autores y textos novohispanos a partir de la relación entre lo literario y la ciencia. De igual forma, queda abierta la puerta a estudios que se acerquen a esta relación comparando textos católicos y protestantes funcionando dentro de la geografía católica en una perspectiva más global.